

felicidad, muestras, y más cuando no hay culpa de nuestra parte." Es argu-
 mento evidente que Nuestro Señor hará grandes frutos en Toledo por la
 Compañía porque es cosa averiguada haber logrado los Anestros
 más abundantes y más suaves frutos en donde han padecido cosas
 más graves, in vit Sac lib 4. Así lo tocaba con la experiencia el
 Padre Juan, y como al paso de los contratiempos lograba mayores
 frutos en las almas, se mantenía en su Oratorio como una roca firme
 á quien las olas del mar que con sus golpes en lugar de mal-
 tratarla parece la lisonjean. Mucho ejercicio de paciencia se le ofre-
 cía con los jóvenes que venían á querer alistarse en la Congregación,
 pues era necesario mantenerlos casi en un todo, y mientras se probaban los
 que eran idóneos era preciso velar sobre ellos día y noche para labrar de ca-
 rno como de bronce informe una estatua de un hijo de San Felipe. Vió lo-
 grado su trabajo ya que no en todos en algunos, que después se mantu-
 vieron con ejemplo en el Oratorio. Otros que no perseveraron salieron á
 dar el fruto de su buena crianza á otras partes, donde sin el traje Fili-
 pensse se conservaron con ejemplo en los confesionarios y en los pulpitos.
 Con los estudiantes seculares tuvo bien en que trabajar para que logra-
 sen el tiempo, y como los que vivían en la Casa venidos de otros luga-
 res daban para su sustento le servía al Padre de mucha mortificación
 correr con esta incumbencia tan opuesta á su genio, y así escribió al Pro-
 curador su hermano que pedía por amor de Dios que pusiesen Preposito
 por lo mucho que toleraba. Sobre otras molestias inexcusables en Comu-
 nidad, dice: "Todos van tirando su piedra al bulto ó al acerbo, ó mon-
 tón de piedras de Mercurio. Hasta aquí he salido profeta infausito de
 mi mismo, y temo serlo en adelante, pues cuanto nos pasa parece lo
 tenía delante de mis ojos. El hallarme Superior me cierra la boca
 porra hablar en punto de interés. Esto se hará claro á los que sa-
 ben lo que ordena San Felipe en sus Constituciones de que cada sa-
 cerdote contribuya de sus rentas segun su posibilidad para el coti-
 diano sustento y de los que sirven como Coadyutores á la Comunidad.
 Algunos tuvo el Padre en su Oratorio algo renitentes en esta contribucion,
 y como el cotidiano sustento no estaba se le recreaban al Preposito los
 gastos empeñándose para que no faltase en la mesa comun una
 decente refecion. No es mucho desearse el pobre Preposito pusiesen otro
 en su lugar, cuando tenía muy presente lo que decía su Padre San
 Felipe (quien no quería ni aun que lo llamasen Preposito) que na-
 die podía creer cuan difícil cosa es tener unidos sujetos libres y

que nada lo consigue más facilmente como el ser benigno y parco en
 el mandar. Quien quisiere ser obedecido mucho (decia) mande poco.
 Pudiera acordarse el Padre Juan Antonio de lo que hizo el Santo
 Legislador del Oratorio en este punto, cuando encontrando renuencia
 en su discípulo César Baronio para contribuir con lo que podía al sus-
 tento comun, tanto que se vió tentado á salir de la Congregacion no
 bastando el ruego del Padre Tomás Bosio, respondió el Santo: Decidle á
 Baronio libremente, que contribuya, ó se vaya, porque Dios no tiene ne-
 cesidad de hombres. Esto no podía hacer nuestro Preposito, porque ni él
 se juzgaba ser sombra de San Felipe, ni los Compañeros Focos bosque-
 jos de Baronio, y se contentaba con mantener en lo espiritual el In-
 stituto á costa de corporales inconveniencias propias.

Procuró el enemigo por este tiempo perturbar la paz de su es-
 piritu con haber admitido en el Oratorio á una persona secular
 de carácter, que mostraba en sus propuestas querer alejarse de los
 bullicios del siglo. Mantuvo cerca de tres años muy abstraído
 á los principios con muestras de desengaño, pero como el barro fra-
 gil no tiene mucha duracion, ni el de que somos compuestos resis-
 tencia, se fueron amortiguando los primeros fervores, y ya no podía
 mantenerse si no hubiese el Padre tolerado con prudencia sus ra-
 ras ideas. Por último descubrió el tiempo, que con pretexto de ha-
 cer bien al Oratorio, dejándole mandas más llenas de drogas que
 de utilidades, se resolvió á desamparar la compañía de los Padres
 sin despedirse de ellos, y esto pudiera agradecerse todo el
 Oratorio, si no saliera publicando le había el Preposito y el
 Procurador su hermano usurpado lo más florido de su caudal, y
 diciendo cosas muy ajenas del agradecimiento que debía á lo
 bien que lo habían tratado. Divulgó sus errados juicios entre
 personas de dignidad, mas como sabian el honrado proceder
 del Padre Juan Antonio, aunque no daban entera creencia á las
 imposturas, quien duda quedaba empañada su opinion virtuosa?
 Pasó á más la astucia del demonio valiéndose del genio cabaloso
 de este sujeto, que por consejo de los que miraban las cosas del Pa-
 dre Juan con fastidio se puso en Valladolid, é informó cuanto
 en su fantasía le pareció conducir á su intento, así á muchos
 Señores Prebendados como al Señor Obispo. Tuvo el Padre la for-
 tuna de concurrir en aquella Ciudad á este tiempo, y con las ra-
 zones verídicas que dijo á los Señores Canónigos se desimpresionaron

de los siniestros informes. El Señor Obispo preguntó al Padre Propósito, si aquel sujeto había tenido con ellos algún ruido, y el Padre respondió: nosotros con él nada, que él con nosotros pudiera ser lo intentara, enteróle como lo habían servido el tiempo que vivió en el Oratorio, y quedó satisfecho el Príncipe del recto obrar de los acusados. Por último, todo se desvaneció, no de otra suerte que la niebla oscura se desbarata con los rayos del sol cuando ha hiere.

Tenia el Padre especial cuidado de vigilar los libros prohibidos en el espurgatorio por ser Revisor del Santo Tribunal, y habiendo visto el libro Teatro Simpatético, antes de saber que era de los prohibidos, aunque le repugnaban muchas cosas de él, accedió que un día de San Ignacio fero luces claras de varias cosas, porque (dice el mismo) el Señor parece al despertar a las tres, me dió conocimiento claro de lo que no había advertido: como era tan amigo de San Felipe mira por sus hijos. Aunque a fuerza de pelear con armus de tolerancia lo mucho que cada día se levantaba de nuevo, no se asaba en cosa alguna el Instituto, antes crecía como el trigo pasado los hielos. Cada año tiene su invierno y así lo tenía la nueva Planta del Oratorio. No habido sido dable arrancar por la raíz esta espiritual sementera el año de 17 cayó una helada sobre ella en carta llena de quejas al Señor Obispo en que le dice el Cura que los Padres le impedían con lo que habían fabricado la entrada antigua de la Sacristía. Vio luego mandato dejasen libre la entrada con apercibimiento que de lo contrario saldrían de la Villa. Veá aquí el lector como a cada paso amenazaba sobre los cuellos de los Padres el cuchillo; mas como Isaac por su inocencia mereció suspendiese un Angel el brazo de Abraham para el degüello, así todo el destierro quedó en amago para los inocentes Filisenses, que sabiendo era un arco por donde entraban a la Iglesia el que motivaba la queja, una noche los mismos Padres con los Jóvenes de peones lo cerraron, y con él la boca de los mal contentos.

Capítulo XIII. Con la venia del Visitador del Obispado toman mejor semblante las cosas del Oratorio. Corrian ya muy cerca de cuatro años que todo era padecer contratiempos con su nueva fundación el virtuoso Padre hecho yunque a los repetidos golpes de la emulación. Pero como no hay noche tan oscura tras quien no camine el sol en

alcançe de sus sombras, así le pareció al Padre la venida del Visitador Don Mateo de Espinosa e Hijaer, pues en el memorial que le presentó haciendo menuda relación de todo lo que se había ofrecido concluye diciendo: que desde la última vez que les intimaron el destierro han continuado un año con finas expresiones con el Cura en gran paciencia y séquito de su instituto, tolerando lo que Dios sabe hasta que V. S. (le dice) vino a darnos el consuelo como el sol despues de una noche lobrega de persecuciones. Hallabase el Visitador receloso con las repetidas instancias del Cura, y deseando acertar se informó de los vecinos radicalmente de cuanto habían ejecutado los Padres, y noticiando al Prelado Ilustrísimo lo que había pulsado impetió licencia para hacer Capilla que sirviese separada para el Oratorio, con que se obviaban los disgustos del Cura y se daba el consuelo a los de la Villa de tener con mas quietud el parto espiritual que habían solicitado. Pidió a los Cofrades la merced que tenían de aquel sitio en que vivían los Padres y solo se extendió a la posesión de una Capilla que era ya Iglesia y una sala de tomado en que guardaban alhajas de la Cofradía. Visto este determinó el Cabildo de la Villa con el Señor Visitador se les diese posesión de todo aquel solar que era realengo y lo disfricieron hasta que pasase Cuarema. Por Abril de 1717 se juntaron la Justicia y Vecinos y con singular complacencia dieron posesión al Padre Juan y a los suyos de toda la tierra que era necesaria para su Oratorio y capax vivienda con instrumentos jurídicos que hoy se conservan. Día ocho del mismo mes junto todo el Ayuntamiento y Republicanos en numeroso concurso cantó con toda solemnidad una Misa el Señor Visitador, y acabada, con solemnisima procesion de todo el clero fue al lugar destinado para la nueva Capilla y puso la primera piedra con singular regocijo de toda la muy Noble Villa.

Enterado el dicho Visitador de no tener los Padres Patron que les levantase la Iglesia obtuvo licencia del Señor Obispo y con ella destinó al Bachiller Don Juan de Arzobila para que por todo el Obispado recogiese limosnas para este efecto. Començose a levantar la Capilla con las cortas limosnas que se iban ofreciendo, y quien dió mas calor a la fábrica fue Don Severino Lauregui declarado Benefactor del Oratorio. Iban con tanta pausa subiendo las paredes que al año de 18 cuando el Fundador se partió para España no se habían puesto las maderas dispuestas para el techo. Con las mudanzas del tiempo no se acabó esta Capilla sino muchos años despues, porque muerto el Cura alcanço la Villa de la Sede vacante se entregase la Iglesia en que habían fundado